

## LA MALETA DE PAPÁ

La última vez que lo vi, él andaba con paso titubeante, doblada su figura bajo una lluvia firme de verano. Lo llamé a voz en grito. Giró su cabeza. Reconocí su rostro abrumado: me devolvió una mirada cargada de tristeza, su boca aligerada de palabras, sus labios temblorosos.

Yo lo observaba desde el quicio de la puerta de mi casa. El aguacero mojaba mis pies desnudos, indefensos mis deditos bajo las cintas de cuero blanco y sucio de mis sandalias desgastadas. Un mar de lágrimas empapaba mi cara, mi rostro de niño asustado. Él llevaba solo una maleta, atada con una cuerda, supongo que para que no se abriese y dejase caer sus pertenencias a modo de reguero de huellas que desvela el posible paradero de un fugitivo.

Subí las escaleras corriendo, saltándome los escalones de tres en tres, la angustia saliéndome por la boca. Fisgoneé en su armario; todas sus cosas estaban allí, ordenadas, como a él le gustaba tenerlas: siempre en perfecto estado de revista. Entonces... ¿Qué llevaba en la maleta?

Pensé, sumergido en un mar de inocencia infantil, que se marchaba para vivir, al fin, *su* gran aventura, el sueño de su vida: un gran viaje. Siempre hablaba de realizar un gran viaje alrededor del mundo. Pero entonces... ¿Por qué se marchaba solo? Mil veces me puncé con ese garfio de interrogación. Nunca hallé revelación aclaratoria. Pero la vida jamás silencia las respuestas; las escupe cuando menos esperamos.

Aquella atardecida de verano, tarde de medio luto, gris y tormentosa, de calor sofocante y empalagoso, le pregunté a mamá que a dónde iba él. Selló sus labios. Pero a través de su silencio yo supe desvelar todas y cada una de mis dudas, como si fuesen fotografías que descubren sus imágenes atrapadas, y que lo hacen con lentitud bajo los líquidos reveladores; incertidumbres que acontecían a galope hacia mí, atropellándome, cada vez que los veía discutir. Sus riñas ganaban intensidad a medida que pasaban los días.

Aquella tarde, él se cansó de esa rutina que lo abocaba a las trifulcas eternas con mamá. Supongo que le embargaría el miedo a que las voces dieran paso a los

insultos, y de que estos actuasen de trampolín para que de sus manos, en lugar de caricias, brotasen golpes. Nos abandonó, dejándome con el corazón descompuesto.

A lo largo de estos años, le he echado mucho en falta. Su ausencia ha labrado un profundo surco en mi alma, una hendidura repleta de dolor y rabia. Me hubiera gustado tenerlo a mi lado, para que disfrutase de mis buenos ratos, pero también para que me consolara en el trance de mis malos momentos, que los hubo en exceso de ambos tipos. No pudo ser.

He ido cumpliendo años, persiguiéndome a cada instante la sombra de su recuerdo. Jamás he podido olvidar la calidez de su mano, una caricia inmemorial, que me dejó grabada a fuego en aquella mañana hostil de septiembre.

Yo arrastraba por las calles empedradas del pueblo mi pequeña maleta de cuero lustroso. En su interior yo guardaba el plumier de estreno (goma, sacapuntas, bolígrafo, lápiz y una pequeña regla), los cuadernos de hojas vírgenes y los libros sin ojear, desprendiendo dichos enseres de colegio un aroma a nuevo, a reluciente; ese aroma peculiar que despega de la superficie de lo que no ha sido manoseado. Me enfrentaba a mi primer día de escuela, todo un acontecimiento para un crío vivaracho como yo, acostumbrado a la libertad de las calles del pueblo y a los juegos que estallan en ellas cuando no se está encadenado por las esposas de un horario escolar. Sin embargo, frente a la solidez de mi espíritu inquieto, mi cuerpo se estremecía de puro nervio corroyéndome por dentro. Caminaba solo. No hacía frío, pero yo tiritaba; así recorrí varias calles, hasta que, por sorpresa, sentí cómo mi padre aferraba mi manita helada. Su calidez me invadió con la furia de un relámpago que entró por la punta de mis dedos para ganarme por debajo de la piel, para conquistarme todo el cuerpo. Me sentí el Cid Campeador, un héroe cuyas proezas yo conocía al dedillo, porque mi padre siempre me las relataba por la noche, cuando me iba a dormir. Y es que mi padre nunca dejó que a los pies de mi cama se postraran Blancanieves o Caperucita; ni mucho menos los Tres Cerditos. No, él sólo autorizaba a que se asomasen a mi cuarto, y a través de su voz melosa y ronca, al Zorro, a Tarzán, al Capitán Trueno, a Roberto Alcázar y Pedrín, y a otros tantos personajes del mismo pelaje. Así creció mi fantasía aventurera. Y así fue como me

hice un escritor de éxito: afilando el lápiz con la imaginación que bien supo espabilarme mi padre.

Hoy me ha llamado la policía. Me instan a que me presente en el Hospital Anatómico Forense. Debo reconocer el cadáver de un señor que pudiera ser mi padre. Me han informado que lo hallaron debajo de un puente. Descubro que papá ha pasado sus últimos años de vida en la misma gran ciudad en la que yo vivo ahora. Sus días han transcurrido bajo un cielo de estrellas, arrastrando una suerte estrellada.

Ahora lo miro y me pregunto, con miedo a toparme con una respuesta afirmativa, si no me habré cruzado con él, sin reconocerlo, en cualquier calle de esta urbe tan demoledora, imperio de soledad para los que la habitamos.

Él, seguramente un ser humano despreciado por la sociedad, se había convertido en uno de esos personajes invisibles a los que confundimos con el mobiliario urbano, artimaña o truco de magia que ejecutan nuestras conciencias para no cuestionarse preguntas cuyas respuestas pueden causarnos zozobra y destrozos en nuestra integridad moral tan reluciente. Mi padre, posiblemente, fue uno de esos seres humanos deshumanizados por las prisas ajenas y por nuestros temores a lo desconocido; quizá fue un hombre al que le robaron todas las oportunidades para que se vistiera con un gabán de dignidad inalienable.

Ahora está ahí, desnudo sobre un túmulo de acero frío, limpio y aséptico. Acabó su viaje errático. Reconozco en esa cara ajada los rastros de un padre que siempre estuvo pendiente de mí. Apenas tengo valor para sostener mi mirada sobre él. Me embarga una pena terrible, pero, al mismo tiempo, me muerde la rabia de no poder reclamarle la respuesta a mi gran duda: ¿Por qué me abandonaste?

Ya no importa, me digo. O quizá me importa, me importas papá, más que nunca: te sigo queriendo, y me doy cuenta de que no me duele quererte. Cualquier vestigio de rencor que pudiera tenerte ha huido de mi corazón; espero que nunca más gire sobre sus pasos para mirarme.

Me entregan sus pertenencias; tan sólo una maleta, la misma maleta con la que lo vi marchar aquella tarde tormentosa de verano, tormentosa para la piel, para

mi espíritu. Cuando lo encontraron, estaba aferrado fuertemente a ella. Tengo miedo de indagar en su interior.

Desato la cuerda que afianza la intimidad que encierra la maleta. Al abrirla, en mí se libera una conmoción. Su interior está forrado por decenas de fotografías de mi infancia, de mi adolescencia, de mi juventud, de mi vida... de su niño de ayer y de siempre, hoy un hombre de éxito. Junto a ellas, cientos de recortes de prensa, muy manoseados, muy releídos, con un solo tema central: mi trayectoria literaria.

Mis lágrimas no me dejan seguir indagando; la emoción me gana la partida de los afectos. Pero ya no me importa. Sé, y lo grabo a fuego en mi corazón, que mi padre, a su manera, siempre estuvo al lado de su único hijo. Mi alma siente la calidez de su amor hacia mí, del mismo modo en que mi mano aun recuerda la calidez de su mano. Cierro la maleta, y en mi cabeza se abre el recuerdo de mi padre, un recuerdo más vivo que nunca.